

De caza en Kazajistán

# Aullando con lobos

DURANTE UNA CACERÍA DE ÍBEX Y CORZO SIBERIANO EL AUTOR, QUE SIEMPRE HABÍA DESEADO ABATIR UN LOBO Y NUNCA LO HABÍA LOGRADO, NO SÓLO VE CUMPLIDA SU MAYOR ILUSIÓN SINO QUE SE TRAJÓ A ESPAÑA A TRES EJEMPLARES.



Texto y fotos: Enrique SAHÚN

*Mi amigo Sean con otro lobo que  
cobró en el mismo cazadero, el  
Parque Nacional de Altym Emel  
(Kazajistán).*



■ Reportaje



*Feliz con mi primer lobo. A la derecha, la entrada al Parque Nacional tiene un gran mapa de la zona. Debajo, el equipo al completo, la intérprete y los guardas del Parque.*



*Pepe y Manuel iban bien en sus resultados pero retrasados respecto a mí. Me quedaban dos días y los quería dedicar plenamente al lobo. Hablé con Ermek y le dije que en vez de intentar abatir el segundo íbex a que tenía derecho me quería dedicar a mi sueño, el lobo*

Soy cazador desde crío y desde mis primeras andanzas cinegéticas he tenido un trofeo idealizado como el sumun para cualquier cazador: el lobo. En mi larga trayectoria cinegética he asistido a muchas batidas y recechos en numerosos países en los que podía tener la posibilidad de vivir el ansiado lance, pero nunca los vi. A veces mis amigos los veían, otros menos los tiraban y alguna vez los cobraban. Yo pensaba que era como el gordo de la lotería, ves que le toca a la gente pero nunca a ti. Los trofeos cinegéticos iban cayendo, uno detrás de otro pero el ansiado lobo no se presentaba. Supongo que este sentimiento lo comprenderán la mayoría de los cazadores porque, estadísticamente, es la situación más habitual. Lo que no sabía era que San Huberto me tenía reservado un premio gordo que nunca podré olvidar. Éste es el relato de los hechos.

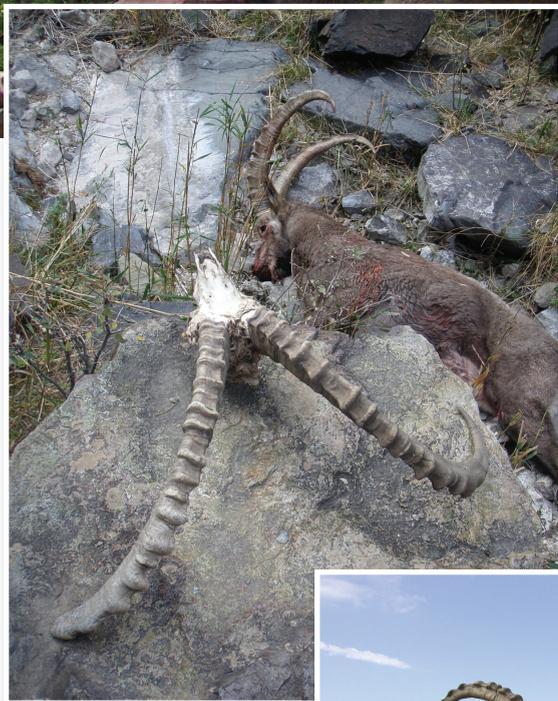
**DESARMADO EN KAZAJISTÁN.** La cacería comenzó como todas, reunión con mis amigos Pepe y Manuel ¿Qué hacemos este verano? Hablamos con **Arturo de Onís**, organizador con el que habíamos hecho las últimas cacerías, siempre con excelentes resultados, y nos propuso varios planes, pero uno nos encajó a la primera: viajar a Kazajistán, Parque Nacional de Altyem Emel, a un campamento en particular en el que en agosto podíamos combinar la caza del íbex con el corzo siberiano. Desde el primer momento Arturo comentó que en esta zona el porcentaje de cazadores que tiraba los lobos era alto. Un aliciente más a la excursión y, como somos fáciles de convencer, para Kazajistán que nos fuimos.

Viaje cómodo y al llegar a Almaty me encuentro con la papeleta de que le he dado a Arturo la documentación de un rifle y me he presentado en este lejano país con otro. No me dejan pasar el arma y la angustia que me invade solo se me pasa cuando el organizador local me dice que me prestará el suyo. No me seduce la idea pero no tengo otra solución. Para tirar lejos prefiero mi "guitarra" pero me encuentro con la sorpresa de que me presta un viejo, pero precioso, Manlincher del .270 con una lente Swaroski. Dicen los gitanos que "no quieren a sus hijos con buenos principios" y eso es lo que pensé. Nuevo viaje cómodo y en solo tres horas de coche, que para Asia no es nada, estábamos probando los rifles. El Manlincher prestado tiraba bien y eso me tranquilizo, ya que en este tipo de caza es fundamental confiar en cómo tira tu arma. Me adjudicaron un guía, Ermek, que desde el principio me gustó porque vi que sabía recechar y que conocía su terreno a la perfección.

En la cacería de íbex no me voy a extender pero sí quiero decir que en un par de días tenía hechos mis deberes con un bonito trofeo de 119 cm. Había bastantes y llegar a esa medida era relativamente fácil. Igualmente, cacé un día el corzo y, de nuevo, "pleno".



## Reportaje



**Arriba, con el íbex abatido los primeros días de caza.**

**A la izq., uno de los íbex cobrados junto un cráneo de un otro matado por los lobos. Debajo, los trofeos de los íbex de la zona fácilmente pueden superar el metro de longitud.**

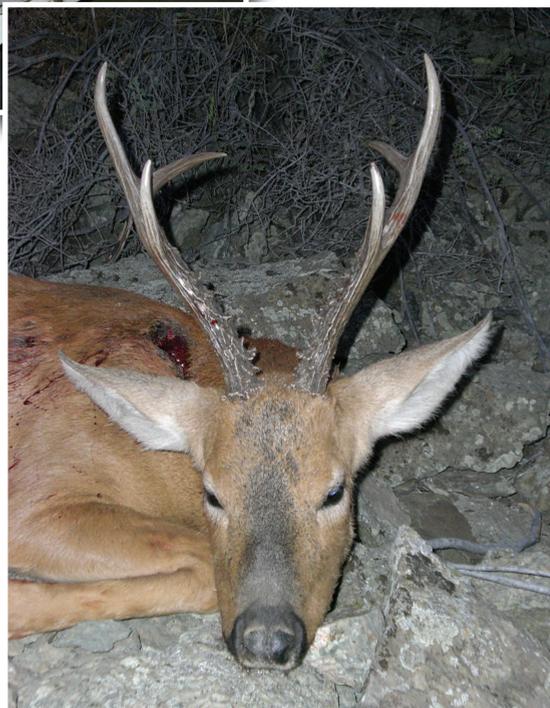
**Y AHORA, A POR EL LOBO.** En esta cacería tenía una extraña sensación que no me abandonaba y es que era mi cacería. Es lo que antiguamente se llamaba barruntar, y yo barruntaba que algo me iba a suceder y, como soy optimista, no podía ser más que algo bueno. En todos los recechos veíamos rastros y excrementos de lobo por todos los lados, así como restos de animales cazados por el gran depredador. Preguntaba a Ermek y me decía que había muchos, que eran muy listos y que eran difíciles de ver y más de sorprender. Pepe y Manuel iban bien en sus resultados pero retrasados respecto a mí. Me quedaban dos días y los quería dedicar plenamente al lobo. Hablé con Ermek y le dije que en vez de intentar abatir el segundo íbex, al que tenía derecho, me quería dedicar a mi sueño, el lobo.

Los asiáticos son gente tranquila, realistas en la caza y me responde que de acuerdo, que teníamos que ir a unos valles donde tenían mucha querencia y que teníamos que estar quietos en un sitio alto y mirar y mirar todo el día, pero sin movernos. Si nos movíamos los lobos, en el hipotético caso de que estuviesen por la zona, nos detectarían mucho antes que nosotros a ellos. Dicho y hecho, plan preparado, noche por delante y a soñar. La ilusión es lo último que un cazador puede perder y a mí eso me sobra. Por la noche les comenté a mis compañeros mis planes para el día siguiente y su escepticismo era alto, pero como son buenos amigos me animaron y desearon suerte.

## Reportaje



**Arriba, el corzo siberiano abatido en la segunda fase de la cacería. Sobre estas líneas, un chaval del campamento observa dos corzos abatidos por mis amigos. A la derecha, además del superior tamaño, estos corzos son más "toscos" que los nuestros-**



**ESCUDRIÑANDO LA MONTAÑA.** Por la mañana aparece Ermek con un nuevo acompañante, su hijo Eugene, un chaval espigado de solo dieciséis años de edad. No le presté mucha atención al chaval porque pensé que una persona tan joven no podía tener experiencia cinegética y que venía de morralero, fuerza no le faltaba. Craso error, acababa de conocer, sin saberlo, al experto en lobos de la zona. Nos montamos en la "batidora" rusa que es el UAZ y de nuevo montaña para arriba. Fuimos a unas zonas altas, dejamos el coche lejos para no hacer ruido y no detectar nuestra presencia a los posibles lobos, una senda de montaña que sube y sube hasta que llegamos a unos peñascos, encima de los que montamos el observatorio. Comenzamos con el plan preestablecido y a mirar y mirar para todos los lados. Ermek y yo con prismáticos y Eugene, el chaval, "a pelo". Veíamos íbexs por todos los lados, pero de lobos nada de nada. Es sorprendente en la montaña, cuando estás quieto mucho rato y miras y remiras, la cantidad de animales que ves. Un par de horas mirando y ya me dolían las bolas de los ojos de tanto hacerlo. El sol comenzaba a estar alto, por lo que nos relajamos y nos tumbamos a descansar, todos menos uno, Eugene, que seguía callado y mirando para todos los lados. Comimos, nos echamos una siesta, nos desperezamos y de nuevo a escudriñar.

## Reportaje

**Los guías limpiando los trofeos en el campamento. A la derecha, en esta zona también se pueden abatir gacelas, como ésta de Sean. Los UAZ son indestructibles. Este tenía toda la instalación eléctrica quemada y con cuatro cables por fuera continuaba andando.**



**Cogí los prismáticos, mirando donde me indicaba Eugene y por primera vez en mi vida vi un lobo en su entorno, estaba tumbado en una roca, sesteando. Era precioso, como lo había soñado, más claro de lo que me había imaginado, pero lo veía majestuoso**

**AULLANDO CON LOBOS.** El día iba pasando y ya el sol empezaba a bajar. Estaba pensando que esto de los lobos era un acto de fe cuando el chaval me toca suavemente el brazo, levanta la mano muy despacio y me señala unas rocas lejanas diciendo la palabra mágica: *wolf*. De inmediato cogí los prismáticos, mirando donde me indicaba Eugene y por primera vez en mi vida vi un lobo en su entorno, estaba tumbado en una roca, sesteando. Era precioso, como lo había soñado, más claro de lo que me había imaginado, pero lo veía majestuoso en lo alto de una roca, dominando su territorio. El lobo se defiende de ser sorprendido con la vista y, al verlo allí arriba, comprendes que sean tan difíciles de sorprender. Cualquier animal o persona que se mueva por aquellos valles lo detecta antes de que lo detecten a él. La distancia era grande, de unos dos kilómetros. Intercambio de palabras entre el padre y el hijo, nos bajamos del mirador, al fondo del valle y valle arriba a mejorar la posición. Sorprendentemente el que llevaba la batuta era el hijo. Yo quería ir deprisa y les metía prisa pero ellos me indicaban por señas que calma y que despacio, que *wolf* no se movería.

Mientras subíamos por el valle muchos pensamientos me atropellaban, estaba en los prolegómenos del lance más importante de mi vida, sabía que iba a vivirlo y tenía que hacerlo bien. Mis guías se movían a cámara lenta, lo que por un lado me ponía nervioso, porque quería acercarme rápidamente al lobo y pensaba “¿a ver si se va a ir?”, pero por otro lado esta manera de hacer la aproximación, tan lentamente me daba seguridad.

Toda la subida íbamos tapados, no nos podía ver, pero... ¿estaría en la roca al asomar? El chaval seguía guiando la operación y el padre y yo tras él. Llegamos a unas



rocas que si las sorteábamos nos dejarían al descubierto por lo que nos asomamos con gran sigilo y... ¡el lobo seguía tumbado!

No podíamos avanzar más, nos veía sin ninguna duda, por lo que habíamos llegado al final del trayecto e inicio de la siguiente fase: a cámara lenta colocamos las mochilas, apoyamos el rifle y medí la distancia: 220 mts. Y entonces comienzan mis dudas. Me acuerdo de mi rifle, éste tira bien, llevo con él 4 tiros, 2 de prueba, uno al íbex, diana, y el cuarto al corzo con el mismo resultado. Pero hubiese estado más a gusto con mi “guitarra”, el jugarme el “lance de mi vida” con rifle ajeno me daba cierto temor. A todo esto, Ernek callado y el chaval que está a mi lado me indica que tire. Le digo que está lejos y que me da miedo fallarlo. En mi mente se repite el mismo pensamiento: “Chiche, estás ante el lance de tu vida, tienes hecho el 95 por ciento, falta lo más fácil”... pero ese era el problema, que faltaba lo más fácil.

El chaval me toca el hombro, me vuelve a decir que tranquilo, levanta la cabeza, se pone las dos manos en la boca, haciendo una especie de embudo y empieza a aullar. En este momento me quedé helado, me acordé de mi amigo José Miguel, que según él es un experto en lo de tocar el reclamo a los corzos y cada vez que pita los corzos salen corriendo, en dirección contraria, como si los persiguiese una rehala entera. Por mi cabeza pasó un “la hemos cagado, me quedé sin lobo”. Pero, sorprendentemente, no sólo el lobo se sentó y respondió a los aullidos de mi guía, sino que respondieron varios más que no veíamos. Estaba claro que el que veíamos era el vigilante y que detrás de la roca había más. Mi guía aullaba y los lobos le respondían, no me podía creer lo que estaba viviendo.

## ■ Reportaje



**Arriba, con los tres lobos abatidos y Ermek y Eugene cuando solo habíamos cobrado los dos primeros: el mejor momento de mi vida cinegética. Debajo, las rocas desde donde los cazamos.**

**RUEDA EL PRIMERO.** La postura para disparar era buena, estaba cómodo, bien apoyado y veía bien al lobo por la "lente". Pero, sobre todo, ya no tenía "más recorrido" en la operación, solo me quedaba disparar. El chaval, de nuevo, me indica que calma. ¡Qué importante es que tu guía te diga que calma!, normalmente los guías te apremian para que tires, a veces hasta agarrándote y zarandeándote, lo que solo sirve para ponerte nervioso y fallar. Respiro profundamente, cojo aire, contengo la respiración, la cruz está en la paleta, tiro suavemente del gatillo, me sorprende el disparo y ¡la bala pega en la piedra! y el lobo vuelca inmediatamente hacia el otro lado, por lo que dejo de verlo.

Se me cae el mundo encima, ¡cómo puedo haber fallado! La desolación me invade cuando Eugene señala un portillo, arriba a nuestra izquierda, por donde pasa un lobo. La distancia es similar, cerrojazo rápido, de nuevo me



apoyo, no se para, no puedo tirarlo... un segundo lobo, no se para, puedo tirarlo pero no consigo ponerle bien la cruz y no tiro... un tercero, que se para un instante, la cruz en el lobo, se mueve la silueta, me cuesta estabilizar la cruz dentro del lobo, oprimo el gatillo suavemente y el lobo se encoje rodando por la ladera abajo. Me doy cuenta de que lo acabo de abatir y el subidón fue tal que Ermek y yo nos abrazamos expresando nuestra alegría. Era una sensación de euforia indescriptible.

**¡Y OTROS DOS!** A mí se me habían olvidado los otros lobos cuando Eugene, el chaval, me aprieta el brazo y me señala en el valle de la izquierda. Dos lobos bajaban en nuestra dirección corriendo a toda velocidad. Se ve que no tenían detectado el origen de los disparos y que el haber oído aullidos en esa dirección les hacía pensar que por allí estaba su salvación. Cuando pasan a 50 metros de distancia, tiro al segundo y voltea como un conejo con un tiro en la paleta; el otro lobo, que ya sí sabe donde estamos, huye como una exhalación ladera arriba. Le pongo como puedo la cruz y "click", no me quedan balas. Llevaba tres y las había usado; como puedo saco otra del bolsillo, intento meterla en el cargador, intento cargar y me pillo el dedo. No sé como lo hago pero al final logro introducirla en la recámara con el dedo sangrando; el lobo ya está a unos 200 metros, me apoyo, le sigo, oprimo el gatillo y traspone.

Me da igual, acabo de matar dos lobos, que tengo a la vista en la ladera y soy el hombre más feliz del mundo. Ermek y Eugene me traen uno cada uno y los veo a mis pies. No me lo puedo creer, he pasado de tener un sueño a verlo realizado a mis pies y por partida doble. A todo esto Eugene me dice que se va a por el tercer lobo, no le entiendo y me dice que va pegado. Yo pienso que estaba lejos y que era difícil darle, pero me asegura que va pegado atrás y se va siguiendo sus pasos.

Me quedo con Ermek, con una sensación de estar en una nube por el lance vivido y me dedico a hacer fotos a los dos lobos en todas las posturas y formas posibles. Pasa el rato, empieza a anochecer y Eugene que no vuelve. Me preocupo pero su padre me dice que tranquilo, que el chaval sabe lo que se hace. Me quedo pensando que no es que sepa lo que se hace, es que es el catedrático de estas montañas en este tema de los lobos. El padre le llama por teléfono pero no tiene cobertura. Cuando empieza a anochecer le vemos bajando por la ladera, me hecho los prismáticos a la cara y veo que en los hombros trae el tercer lobo. Ya sí que no me lo puedo creer, un triplete de lobos es algo que nunca me podría imaginar que iba a estar en mis vivencias cinegéticas. Cuando llega Eugene soy el hombre más feliz del mundo y le doy un gran abrazo de agradecimiento por la experiencia vivida. Pasamos a una nueva sesión de fotos, ahora tenemos tres en vez de dos, y al acabar cada uno nos echamos un lobo a la espalda y, ya casi de noche, a bajar al coche.

Cuando llego al campamento Pepe y Manuel me cuentan emocionados que han matado un ibex cada uno y yo callado. Al final me preguntan que qué he visto y les digo que he matado un lobo. Me dicen que me deje de cachondeos y les acerco al coche. La cara de asombro que ponen al ver a los tres en el portamaletas es de las que no se me olvidarán en la vida, me felicitan y pasamos al fuego para que les cuente el lance. Se los cuento una y otra vez, sin cansarme, mientras me tomé un par de "cubatas" y luego a soñar con los lobos y la experiencia vividas en las montañas Kazakas.